

Antes de comenzar quiero decirles a que me siento privilegiada de estar entre ustedes quienes construyen el mundo que deseo para mis hijos, para todos nuestros niños. Aprendo mucho durante las presentaciones y en las discusiones informales. Aprovecho entonces esta ocasión para subrayar el trabajo cotidiano y el coraje de nuestros amigos campesinos sin quienes no tendríamos nada para comer y por lo tanto ninguna ocasión de discutir. Gracias por alimentarnos al mismo tiempo que cuidan la tierra de la manera como ustedes lo hacen.

Evidentemente, quiero agradecer especialmente al equipo de la ADC y a los organizadores de este encuentro por esta magnífica invitación. Ustedes son maravillosos. Quiero también agradecerles el que compartan con nosotros uno de sus tesoros nacionales: la familia Duque Lopez. Este agradecimiento lo hago en nombre de toda la delegación quebequense aquí presente y de la sociedad quebequense en su conjunto, que se beneficia de su gran corazón y de su inteligencia.

Siendo una de las últimas presentadoras, cierto número de elementos que deseaba abordar han sido ya tratados. Pasaré entonces más rápidamente sobre algunos puntos, pero quiero sin embargo, recordar algunos hechos relacionados con el estado de ciertos lugares de nuestro planeta.

En el curso de los últimos 60 años, los humanos no hemos dejado de aumentar nuestra huella ecológica y social. Primero porque somos cada vez más numerosos. Sólo después de mi nacimiento, la población mundial se ha casi duplicado. Seremos pronto 7 mil millones según las estimaciones. Pero además del número de personas, tenemos que reconocer que nuestros modos de producción y de consumo se han intensificado. En los países ricos el consumo se ha vuelto un modo de vida, un fin en sí mismo más que un medio. Así, si cada ser humano consume como un norteamericano, necesitaríamos de 3 a 5 planetas completos para sustentarnos. No se puede continuar así sin dañar las bases de la vida sobre la Tierra y en consecuencia la sobrevivencia de nosotros los humanos.

En lugar de consumir para vivir, estamos viviendo para consumir lo que crea un inmenso vacío para muchos individuos quienes a pesar de la abundancia material son infelices. Entramos en la era de consumir / botar. Consumir / botar. Consumir / botar. Como si hubiésemos acabado por creer en la publicidad que nos repite centenas de veces al día que somos lo que consumimos. Asumimos que el consumo excesivo es bueno para la economía sin importar el derroche ecológico y humano.

Recordemos lo que dijo George Bush después de los atentados del 11 de septiembre. Él no dijo “cuídense los unos a los otros” o “reflexionemos sobre lo que ha podido

provocar tal odio “. No, él dijo: “*Go shopping!*” (“Vamos a comprar”). ¿Por qué? Porque el consumo y el derroche son el motor del crecimiento económico, el motor del éxito a la americana.

Este crecimiento se ha vuelto el indicador número uno del progreso. ¿Cómo se calcula ese crecimiento económico? Con la ayuda del PIB. Se trata de adicionar los gastos de los consumidores a los gastos de los gobiernos, más las inversiones, más las exportaciones (menos las importaciones). Se trata entonces únicamente de elementos que se calculan en dinero. No hay diferencia entre los gastos negativos de la sociedad y los gastos positivos. Gastar millones para construir prisiones porque hay un aumento de la criminalidad (frecuentemente asociada al aumento de las desigualdades sociales) hace aumentar el PIB, lo que contribuye al crecimiento económico. Esto es al mismo nivel que la construcción de escuelas o de hospitales. Un bosque antiguo que no está explotado económicamente, pero que constituye un tesoro en términos de biodiversidad, no aparece en el cálculo del PIB igual que un río que corre libremente. Por el contrario, si este río está contaminado y debemos gastar para descontaminarlo, eso hace crecer la economía. Sobre el plano social, si una persona decide trabajar menos para ocuparse de sus hijos o de sus padres ancianos, eso no contribuye al crecimiento económico porque ella no recibe un salario por hacerlo. La comida que usted cultiva para la familia, las flores que embellecen nuestro medio ambiente sin pasar por los mercados, no tienen valor en ese cálculo. Y así sucesivamente.

De esta manera, si nos fijamos al crecimiento del PIB, mundialmente, nosotros somos tres veces más ricos que a comienzos de los años 80. Sin embargo no ha habido jamás tanta gente hambrienta, sin acceso al agua potable, a una educación mínima, a cuidados de salud, etc. Sí, hay riqueza, pero ella está concentrada entre las manos de una minoría bien asegurada. Así, la riqueza de los tres individuos más ricos del planeta es superior al PIB de 29 países más pobres del planeta. ¡Hablamos de 407 millones de personas que juntas son más pobres que tres individuos! Cada año, 6 millones de niños mueren de hambre antes de cumplir 5 años. En términos de número de muertos, es como si el atentado del 11 de septiembre se repitiese 5 veces por día, pero solamente con los niños pobres. Sin embargo hay suficiente alimento para alimentar de una forma sana y suficiente al conjunto de la población mundial. Lo que falta es justicia.

En cuanto al medio ambiente, nunca había estado tan amenazado: cambios climáticos, pérdida de biodiversidad, contaminación química y genética, erosión de suelos, desertificación, etc. Nuestro empobrecimiento es a la vez medioambiental y social. El sistema económico actual impulsa hacia la explotación social y medioambiental. Él hipoteca el futuro de nuestros hijos.

Esta crítica al crecimiento a todo precio, tiene lugar en todo el mundo. Ella transgrede las fronteras izquierda/derecha, al punto que podríamos preguntarnos quién pudo escribir el párrafo que sigue:

*« Si no queremos que nuestro porvenir, el de nuestros hijos y el de generaciones futuras esté sembrado de catástrofes financieras, económicas, sociales, ecológicas y en consecuencia, humanas, debemos cambiar nuestras maneras de vivir, de consumir, de producir. Debemos cambiar los criterios de nuestras organizaciones sociales, de nuestras políticas públicas. Cada uno presiente que una revolución formidable nos espera »*

Créanlo o no, se trata de Nicolas Sarkozy, claramente sentado a la derecha en el tablero político. Quiere decir que somos conscientes de los problemas generados por el modelo dominante. Somos generalmente conscientes de la urgencia de crear una economía que responda a las necesidades reales del conjunto de la población mundial, que respete a la tierra, nuestra Pacha Mama.

Si, pero ¿por dónde comenzar?

Evidentemente si hablamos a cualquier persona, nadie desea que mil millones de individuos tengan hambre, que los derechos humanos sean transgredidos, que la polución, la pérdida de biodiversidad y los cambios climáticos amenacen la vida sobre la tierra y creen miseria. Sin embargo, cada día, individual y colectivamente, tenemos gestos que contribuyen a este triste estado de cosas. Si es cierto que hacemos parte de los problemas, hacemos también parte de las soluciones. Y eso, a nuestra medida, no importa cual sea el país en que habitemos, la profesión que ejerzamos o el estado de nuestros conocimientos y de nuestras finanzas. Todos los grandes retos que ha confrontado la humanidad hasta el presente, han sido gracias a personas que tomaron conciencia de su poder, que se unieron y unieron sus fuerzas alrededor de un deseo común: el bien común.

Fue con ese espíritu, con ese deseo de lograr un mundo más ecológico y más justo, que en 1993 fundamos, con algunos amigos, una organización sin ánimo de lucro llamada A SEED (Acción para la solidaridad, la justicia, el medio ambiente y el desarrollo). Algunos años más tarde, la rebautizamos Equiterre. Esta organización tiene como misión contribuir a construir un movimiento social que incite a los ciudadanos, organizaciones y gobiernos a preferir opciones ecológicas, justas y solidarias.

En esa época, yo era estudiante de sociología y de desarrollo internacional en la universidad de McGill, en Montreal, Canadá. Yo terminé mis estudios con grandes desilusiones. Odiaba la hipocresía de las grandes instituciones financieras como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), dirigidas por los países ricos. Me parecía que esa gente, desde sus oficinas, pretendía “ayudar” a los países en desarrollo pero les imponían condiciones que frecuentemente los hundían aún más en la dependencia y en la pobreza. Yo estaba enojada contra nuestra arrogancia. Nosotros, países ricos, que pretendíamos ayudar a “los pobres”, mientras en la realidad muchos más recursos y dinero se desplazaban del Sur al Norte que del Norte al Sur. Yo me decía que la primera etapa era acabar la explotación. Se necesitaba más justicia.

Yo conocía el comercio justo, por haber visto ciertos productos Max Havelaar en los supermercados en Suiza, país en el que nací. Me preguntaba si ese tipo de intercambios tenían realmente un impacto o si era una historia más para generar buena conciencia en la gente del Norte. A pesar de algunos cuestionamientos, yo lo percibía como algo positivo.

Algunos años antes, cuando estudiaba en la escuela post-secundaria Lionel-Groulx, había tenido la oportunidad de participar en una pasantía en Burkina Faso. Allí había encontrado un grupo de mujeres del Sahel que secaban mangos al sol y los exportaban directamente a Suiza en los almacenes de comercio justo. Esas mujeres me parecían bellas con su gran sonrisa y su vestido típico lleno de colores. Ellas cargaban con frecuencia un bebé a la espalda o una retahíla de niños que giraban a su alrededor. Eran dignas.

Cuando en 1995, Eric St-Pierre, un amigo fotógrafo, me compartió su deseo de hacer un reportaje en un país del sur, inmediatamente pensé en el comercio justo. Me interesaba desde ya el consumo responsable y me decía que el café podía ayudar a abrirnos los ojos, y no solamente en la mañana cuando nos levantamos.

Con Équiterre, traducimos y distribuimos un libro que se llamó « Justicia sin hambre ». Siendo hija de agricultores, yo era particularmente sensible a la situación de los campesinos y a las grandes injusticias que les rodean.

Eric y yo pasamos entonces el verano siguiente, en el Estado de Oaxaca en Méjico, donde está situada la cooperativa de café UCIRI: Unión de comunidades indígenas de la región del Istmo. Tuvimos el privilegio de compartir la cotidianidad de hombres, mujeres y niños autóctonos. Los Zapotecas, Mixes y Chontales habitan las montañas del Istmo desde los tiempos precolombinos. Ellos nos enseñaron mucho. Con las mujeres, aprendí a lavar la ropa en el río, al igual que mis ideas. Recogí y transporté leña como muchos pedazos de esperanza por un mundo más justo. Me hice muchas preguntas sobre el significado de la palabra desarrollo.

De regreso a Quebec, Eric y yo estábamos firmemente decididos a hacer avanzar el comercio justo. Numerosos voluntarios y organismos claves se juntaron a nosotros a través de Équiterre, al punto de crear un verdadero movimiento. Yo pensaba en los Grupos de investigación y de interés público (GRIP) de la Universidad McGill, de la Universidad de Quebec en Montreal (UQAM) y de la Universidad Concordia, así como en Juventud Ambiental (ENJEU). Pensaba también en OXFAM-Quebec quien se comprometió de inmediato. Ellos fueron los primeros en organizar realmente la distribución de café justo en Quebec. Hay que decir que a la escala internacional, los grupos OXFAM han jugado siempre un papel de pioneros en el desarrollo del comercio justo. Después fue Café Rico la primera tostadora de café justo en Montreal, que sirvió de inspiración a otros. Fue entonces, gracias al compromiso de numerosas personas, organizaciones y empresas que la campaña “un café justo”

comenzó y se expandió lentamente. Logramos crear un verdadero efecto de bola de nieve.

Hoy en día, mucha gente conoce el comercio justo. Contamos con unas cincuenta tostadoras de café justo en Quebec para un total de 150 a través de Canadá. Ahora es posible encontrar no solamente café justo certificado, sino también chocolate, té, azúcar, helado, jabón, artesanías, etc. El número de puestos de venta sólo en Quebec se ha multiplicado por más de mil. La mayoría de supermercados ofrecen ahora alimentos justos certificados.

En Québec, Équiterre también ha contribuido al desarrollo de otra forma de comercio justo a escala local: la agricultura sostenida por la comunidad (ASC). Equiterre juega el papel de agencia de encuentros entre los consumidores que desean alimentos biológicos frescos y los agricultores biológicos locales.

La fórmula es sencilla. En primavera, los consumidores se inscriben en una granja biológica certificada o en vía de serlo. Ellos se vuelven socios y aceptan pagar por adelantado una parte de la cosecha, lo que evita que los agricultores se endeuden. Luego, los consumidores se comprometen a ir a buscar su canasta con productos biológicos una vez por semana, al punto de entrega más próximo de sus casas.

Cada semana es una sorpresa puesto que no se escoge el contenido de la canasta. Se trata de asumir una parte de los riesgos asociados a la agricultura. Es decir, que si un año las doríforas devoraron las papas, habrá menos de este tubérculo, pero un poco más de zanahorias, de puerros o de otras legumbres. La diversidad de las granjas biológicas, es en sí misma un seguro de cosecha, puesto que es muy raro que una misma plaga ataque todos los cultivos al mismo tiempo.

En el punto de entrega hay generalmente una caja de intercambio, que permite sustituir un alimento por otro, en caso de que algunos no convengan al consumidor. Muchas granjas ofrecen también huevos y productos transformados, en tanto que otras se especializan en la venta de carnes.

En el momento en que los pequeños agricultores tienen mucha dificultad en hacerse un lugar en nuestros supermercados mundializados, esta fórmula de venta directa a los consumidores les permite obtener un mejor precio, que vendiendo sus productos a los grandes distribuidores. Ellos también tienen el placer de conocer a aquellos que alimentan y viceversa. Para los consumidores, es también un buen medio para saber qué es lo que comen y para obtener productos de gran calidad a precios razonables. Además hay que reconocer el valor social de una iniciativa como esta, que favorece el acercamiento entre la gente de la ciudad y la gente del campo, mejorando la comprensión de la realidad de cada uno. Si es normal tener un médico de familia, ¿por qué no tener un agricultor de familia? Este último podría ayudarnos a tener menos necesidad del primero.

La agricultura sostenida por la comunidad permite hoy en día que un centenar de granjas biológicas, vendan sus productos directamente a los consumidores que son sus socios. Más de 30.000 consumidores aprovechan esta fórmula en Quebec. Iniciativas de este género se realizan actualmente en todo el mundo y se conocen bajo diferentes nombres.

Aunque estos progresos generan placer, el comercio en general no se ha vuelto más justo si miramos la situación global. Falta realizar un trabajo inmenso para que la justicia no sea sólo una alternativa sino una norma obvia. Ahora que una parte de la población está sensibilizada en estos aspectos, hay que ir más lejos. El interés de los universitarios, de los políticos, de los periodistas y de la población en general debe ser resaltado aún más, con el fin de operar un cambio profundo que se traduzca en acciones concretas. El comercio justo tal como se da hoy en día no es la panacea. Sin embargo ofrece elementos de reflexión y de acción útiles. Para mí, es un señuelo para transformaciones económicas, políticas y sociales más profundas. Porque fundamentalmente un nuevo paradigma económico es necesario y éste no llegará de manera súbita, por milagro. Debemos construirlo, multiplicando iniciativas como ésta y dándolas a conocer. Debemos hacer que millones de manchas de aceite que se forman a través de planeta, terminen por tocarse con el fin de no ser considerados como una mancha sino como un nuevo color. Un color que impregne el tejido social de nuestras comunidades volviéndolas más fuertes, porque son más solidarias y más ecológicas.

Todo esto puede parecer una utopía, pero como escribía Víctor Hugo: “La utopía de hoy es la realidad de mañana” Entonces hay que comenzar a soñar. Sobretodo que tenemos los medios, incluso los financieros, para realizar esos sueños. En su libro “Plan B”, Lester R Brown calculó que para poder alcanzar los objetivos sociales que pondrían fin a la pobreza y para alcanzar los objetivos ambientales que permitirían frenar los cambios climáticos, la pérdida de biodiversidad, la contaminación química, etc., habría que invertir 190 mil millones de dólares estadounidenses por año durante diez años. Esto parecería mucho, pero en la realidad, no representa sino una fracción de los gastos militares anuales a nivel mundial. En 2009, más de 1470 mil millones fueron gastados con fines militares. ¿Qué decir de las sumas que han sido engullidas en la última crisis financiera para salvar a los bancos y las grandes multinacionales? Cuando hay voluntad política, los recursos se encuentran siempre.

Esta voluntad política la debemos crear conjuntamente con coraje. Recuerdo un graffiti en un muro de Montevideo en Uruguay que decía: “la lucha que no se pierde es la que no se abandona”. Pensemos a Rosda Park, la costurera afroamericana, que en 1955 se negó a ceder a un blanco, su silla en el autobús. Es la multiplicación de gestos de resistencia como aquel, lo que llevó a Barack Obama al poder en 2008. En 1955, si alguien hubiera dicho que en dos generaciones el presidente de Estados Unidos sería negro, nadie le hubiera creído... ¡Y sin embargo!

He ahí por qué, a pesar de todos los retos que tenemos delante, tengo esperanza. Ustedes por supuesto me la dan.

A manera de conclusión quisiera compartir con ustedes mi sueño.

Sueño un mundo donde el hambre no durará nunca más de una hora.

Sueño paz, amor y solidaridad.

Sueño un mundo donde no habrá suicidios.

Sueño escuchar, compartir y fraternizar.

Sueño libertad.

Sueño un mundo donde la riqueza se mida en la cantidad de lazos y no de dinero.

Sueño que todos los niños nacen libres e iguales en dignidad y en derechos, no importa de dónde sean.

Sueño que JUNTOS  
gente del Norte,  
gente del Sur,  
gente de todos los colores, indígenas, negros, blancos,  
gente de todo ingreso,  
campesinos sobre la ladera de una montaña,  
trabajadores en un valle,  
costureros en una fábrica,  
contadores en una multinacional,  
corredores de bolsa,  
políticos,  
científicos,  
hombres,  
mujeres,  
niños,  
estudiantes,  
profesores,  
gestionarlos,  
panaderos,  
pasteleros,  
carniceros,  
desempleados,  
poetas,  
porteros,  
estrellas de cine,  
prostitutas,  
ciudadinos,

campesinos,  
abogados y vagabundos

podamos decir UNIDOS: NOSOTROS.

Nosotros somos el aire que respiramos  
el agua que bebemos  
la tierra que nos alimenta.

Nosotros estamos unidos a la gente de antes  
unidos a aquellos que vendrán después  
somos los unos y somos los otros.

UNIDOS  
podemos cambiar el mundo.  
Un gesto a la vez.  
Por un mundo justo,  
Un mundo mejor  
Paso a paso juntos

**Laure Waridel**  
La Cocha, 7 de Julio 2010